

ellos. Para disminuir las deserciones frecuentes, porque la paga era escasa, trató de mejorar su posición, y fué tan generoso en conceder recompensas, que excitó el descontento del rey. Por otra parte vióse contrariado frecuentemente en sus empresas por órdenes de su gobierno, especialmente por la costumbre de este de enviarle cortesanos que para nada servían y que, al llegar á la India, se apresuraban á pretender altos puestos sin tener mérito alguno para ellos. Por esto escribió una vez al rey: «Aconsejo que se conceda al virey que en adelante se envíe mas confianza que á mí, y que no se le den órdenes sin haber oído antes el parecer de los reales consejeros en la India.»

Su política era concentrar todas las fuerzas para establecer sólidamente la dominación portuguesa en la costa occidental de la India. Por esto se opuso siempre á todas las operaciones en las costas africanas y de la Arabia; y esto fué también causa de la aversión que sentía contra Albuquerque, y en la cual le confirmaron los capitanes rebeldes de este último. Cuando el rey le mandó enviar buques á Malaca, le contestó que para ello quedaba mucho tiempo de sobras y que en la India no le faltaba trabajo.

Esta política fija siguió Almeida impertérrito, sin dejarse desviar de ella ni por órdenes directas de Portugal, ni por la convicción de que su sucesor seguiría otro sistema, como sucedió en efecto, porque Albuquerque extendió sus operaciones y la lucha armada á todo el Océano Índico. Por esto y por el triste recuerdo de la pérdida de su heróico hijo, abandonó Almeida la India con amargo pesar para encontrar una muerte trágica á manos de salvajes desnudos en el suelo africano.

VII. — Alfonso de Albuquerque, capitán general y gobernador de la India

Cuando se hubo marchado Almeida, procedió Albuquerque juntamente con Coutinho á hacer los preparativos para atacar á Calcuta y castigar al Samorin, según le había mandado con urgencia el rey don Manuel. Fernando Coutinho no cupo en sí de alegría al tener tan magnífica ocasión para adquirir laureles guerreros en la India y al verse encargado de las operaciones y librado del mando modesto de la flota de buques mercantes. Sus antecesores jamás se habían ocupado en el comercio, y él no sentía ninguna inclinación á esta carrera, porque era soldado en cuerpo y alma que miraba con desprecio las algaradas guerreras de los indios. Por la noche del 2 de enero de 1510 se presentó la escuadra unida delante de Calcuta con 2,000 soldados portugueses á bordo, sin contar las tropas auxiliares. El Samorin se hallaba al parecer ausente, ocupado en una expedición contra un príncipe vecino, cuando las fuerzas portuguesas se presentaron amenazadoras en frente de su capital. Cerca de la población y no lejos del mar se levantaba un palacio del emperador en una colina, el cual durante la ausencia de los portugueses había sido rodeado de fortificaciones de tierra y transformado en una fortaleza. A este palacio había que dirigir los primeros ataques si se quería ocupar permanentemente la ciudad indefensa.

Coutinho solicitó ser el primero en el ataque, esperando habérselas él solo con todo el poder de las fuerzas enemigas. Albuquerque consintió de mal grado, porque conocía la fogosidad ciega de Coutinho, que por lo demás no conocía todavía las estratagemas de los indios, y creía por el contrario que á la primera embestida haría huir á los enemigos en todas direcciones.

Pero cuando en la mañana del 3 de enero de 1510 comenzó el desembarco de las tropas, encontraron de parte de los guerreros de Calcuta una resistencia tan tenaz, y se vieron

blanco de tal lluvia de flechas, que determinaron formar dos columnas de ataque; de suerte que cada uno de los dos jefes eligió un punto distinto para desembarcar. Albuquerque fué el primero que pudo formar su gente en tierra; y procediendo inmediatamente al ataque, tomó la fortificación exterior después de una empeñada lucha y á costa de muchas bajas; penetró en el interior, incendió los edificios y arrojó á los indios de sus posiciones. Coutinho viéndose chasqueado, perdidos sus laureles tan anhelados, y encendido de ira y de despecho, llamó repetidas veces á Albuquerque hombre de poca palabra, que no quería que otros se distinguiesen y ganasen laureles; pero este último no se inmutó y se contentó con hacer comprender á su compañero acalorado que en la guerra muchas veces había necesidad, según las exigencias del momento, de separarse del plan convenido para aprovechar alguna circunstancia favorable, y que después de todo no quedaba de ningún modo decidida la victoria con la toma de aquella posición. Se había rechazado al enemigo, pero no se le había vencido todavía. Coutinho no escuchó nada, y en su excitación ciega, dió orden de atacar la ciudad donde quiso entrar el primero, y arrojó también el primero la tea incendiaria en el palacio grande del emperador. Componíase este de vastos edificios, rodeados de murallas, y estaba situado en sitio despejado á un extremo de la ciudad. A pesar de la resistencia de sus defensores, Coutinho y los suyos penetraron en el recinto del palacio, pasando los unos por el pórtico y los otros por las brechas practicadas en la muralla. Coutinho, creyéndose ya dueño del palacio, permitió que sus soldados se dispersasen para saquear los tesoros del emperador. Este era el momento que aguardaban los indios, los cuales volvieron á reunirse, rodearon en grandísimo número el palacio, penetraron en el patio interior, no obstante la tenaz defensa del capitán portugués encargado de guardar una de las puertas, y cayeron sobre sus enemigos, desbandados por el afán del botín.

Albuquerque entre tanto había dejado prudentemente una parte de su fuerza en la playa para guardar las lanchas, y siguió á su compañero de armas, aunque lentamente, á causa de los combates que tuvo que sostener á cada paso en las calles de la ciudad. Por fin habiendo llegado con mucho trabajo cerca del lugar de la lucha, envió un mensajero tras otro á Coutinho para que emprendiera á toda prisa la retirada; pero Coutinho, despreciando todo peligro y todos los avisos, le contestó que empezase él la retirada sin cuidado, que ya le seguiría tan luego como su gente se hubiese vuelto á reunir.

El capitán general, atacado también por todos lados, emprendió la retirada poco á poco; y al pasar por una cañada, cayó sobre él y los suyos desde los dos lados elevados del camino una lluvia de azagayas, flechas y piedras. Quiso volver atrás para ver si lograba reunirse con Coutinho; pero su gente se negó á retroceder y fué menester pasar adelante. Albuquerque fué herido en la reñida pelea, primero en el brazo izquierdo por un flechazo, luego por otro en la nuca, y finalmente le tocó una pesada piedra en el pecho, con tanta fuerza, que perdió el sentido, en cuyo estado fué llevado adelante por los suyos.

Coutinho pereció con 80 de los suyos. Su valor temerario había convertido aquel ataque á la ciudad en una gran derrota de los portugueses; y gracias á la prevision de Albuquerque de dejar tropa para la defensa de las lanchas y merced también á lo tranquilo del mar, no acabó esta jornada con la ruina completa del poder portugués en la India.

Muerto Coutinho, tocó el mando de su escuadra á Albuquerque que se retiró á Cochín, donde apenas curado de sus heridas, se dedicó á preparar nuevas expediciones guerreras. A últimos de enero de 1510 tenía ya armados y tripulados 21

buques. Con esta escuadra fingió cumplir una orden del rey de pasar al mar Rojo para hacer frente allí á una nueva escuadra egipcia, pero en realidad quiso caer de improviso para asegurar mejor el éxito, sobre Goa, que situada casi en el centro de la costa occidental de la India Anterior, y además cerca de las islas Andiedivas, punto de reunión de casi todos los buques que desde las costas de Africa se dirigían á la India, le pareció la plaza mas indicada para dominar desde ella las rutas entre este país y Ormuz y Aden. Goa estaba edificada en una isla llana, pero no húmeda, formada por las desembocaduras de varios ríos, que bajan de la parte occidental de la Sierra de los Ghatas. La isla mide de Este á Oeste como unas 3 leguas y de Norte á Sur 2 leguas, formando la parte elevada una especie de punta del lado del mar, cuyas mareas alcanzan también á la costa de la tierra firme, entrando por las rías formadas por las corrientes que bajan de las montañas. La ciudad antigua estaba situada al Sur; la nueva había sido fundada unos 40 años antes de la llegada de los portugueses, por mahometanos bajo la dirección de Melec Husein, que habían tenido que huir de la ciudad de Onor, situada á unas 18 leguas mas al Sur. Los canales que rodeaban la isla y ciudad nueva estaban infestados de cocodrilos, de suerte que era peligroso vadearlos en la baja mar. Hoy está casi abandonada la ciudad antigua, donde solo viven clérigos y monjes entre grandiosos restos de muchas iglesias y conventos; y la vida industrial y mercantil se concentra en la ciudad nueva, cuyo puerto es célebre por su situación pintoresca sin igual.

La época para el ataque estaba bien escogida, pues el soberano del país, el Adil-shah, rey de Bidyapur, tenía entonces poca tropa en la ciudad y además entre la tropa y la población reinaba gran divergencia de intereses. Cuando Albuquerque llegó á la entrada del puerto, envió delante á su sobrino Antonio de Noronha con algunas lanchas armadas para explorar la profundidad del agua y si estaban libres de obstáculos la entrada y los canales. Al llegar á un recodo del río, vieron los portugueses súbitamente en frente de la ciudadela de Pandyin, que defendía la ciudad del lado del mar; y antes de que la guarnición pudiese reunirse y hacer fuego, procedieron sin perder un instante al asalto, y penetraron por las troneras y por encima del baluarte en el interior de la plaza, que fué abandonada por la guarnición después de haber quedado mal herido su comandante. Albuquerque oyendo desde lejos el estrépito del combate, dió en seguida la orden para un ataque general, pero cuando llegó encontró ya la ciudadela en poder de los suyos. La tropa de Adil, viendo la fortaleza en manos del enemigo, se retiró también de la ciudad, recomendando su jefe á la población que se entregara sin hacer resistencia, porque contra tales enemigos toda resistencia era inútil. Así fué que al día siguiente se presentó á Albuquerque una diputación de la ciudad ofreciendo someterse si prometía conservar á los habitantes sus vidas y propiedades.

El capitán general portugués lo prometió así declarando como botín solo el material de guerra; y hecho esto, ocupó con sus tropas la ciudad y se estableció en el palacio del gobernador. Mandó reforzar la ciudadela; la escuadra entró en el puerto, dió fondo; y como Albuquerque pensaba continuar mucho tiempo allí, mandó desaparecer los buques para que las jarcias no sufriesen inútilmente en la época de las lluvias.

Entre tanto no estuvo inactivo el rey del país, antes bien reunió un gran ejército y marchó en dirección de la ciudad. Los portugueses la evacuaron por ser plaza abierta, y se retiraron á bordo de sus buques, que continuaron en el puerto protegidos por los cañones de la ciudadela; pero los indios

para cortarles la retirada é impedir la salida de la escuadra, echaron buques á pique en la parte baja del canal, y además hicieron bajar por el río almadías incendiadas para quemarla. Al verse Albuquerque en tan grande é inminente peligro no tuvo mas remedio que resolverse á abandonar su conquista. Aun así, no era fácil salir, y fué necesario ir sacando los buques uno á uno por entre los que habían echado á pique los indios á la entrada del canal. Practicóse esta operación bajo el constante fuego que hacia el enemigo desde ambas orillas, donde había levantado fortificaciones de tierra que fué preciso tomar por asalto para apagar el fuego de sus cañones. Aun hecho esto, quedó la dificultad de pasar los buques por la barra donde el agua era de poca profundidad. A esto se agregaba la falta de víveres y de agua dulce; las comunicaciones entre el continente y la isla estaban cortadas, y la miseria era tanta que cada hombre solo recibió la cantidad de cuatro onzas de galleta por día y en algunos buques hubieron de cazar las ratas para no morir de hambre. Cada gota de agua tenía que ser conquistada arriesgando la vida, porque los enemigos disparaban incesantemente contra todos cuantos se asomaban para sacar agua del canal. Así fué herido Antonio de Noronha de un flechazo, de cuya herida murió tres días después con gran sentimiento de Albuquerque que necesitaba y apreciaba muchísimo á su valiente sobrino.

Allí se hicieron prodigios de valor que excitaron la admiración del enemigo, pero á pesar de esto cundieron el desaliento y el descontento de la gente atormentada por el hambre y la sed, tanto que muchos desertaron. Albuquerque conservó en medio de tantas desgracias su serenidad prodigando palabras de consuelo y animando sin cesar á los infelices, compartiendo con ellos todas las privaciones y peligros, expuestos como estaban á los tiros del enemigo y felices de todo sin poder ir ni atrás ni adelante, porque hasta el mes de agosto no lograron pasar la barra y ganar la alta mar.

Esta fué la segunda derrota grande que los portugueses sufrieron en la India y bajo el mando de Albuquerque. Este, sin embargo, no perdió sus bríos, ni renunció á sus proyectos sobre Goa. Por lo pronto convenía dar descanso á su tropa, y para este objeto se dirigió hácia el Sur al puerto aliado de Cananor. En el camino se le agregaron cuatro buques que á las órdenes de Diego Mendes de Vasconcellos habían salido de Portugal con instrucciones para dirigirse al célebre mercado de Malaca, pues en Portugal se ignoraba todavía, conforme veremos mas adelante, que esta plaza había sido ya visitada por Diego Lopez de Sequeira. En Cananor se unió también á la escuadra de Albuquerque otra mandada por Gonzalo de Sequeira, que había salido de Lisboa en el mes de marzo con siete buques y tropa, pero que había perdido un buque en la costa de Africa.

Este aumento inesperado de fuerzas animó al capitán general á emprender un nuevo ataque contra Goa, y Vasconcellos se declaró dispuesto á tomar parte en la empresa, pues que había cumplido ya su misión; pero Gonzalo de Sequeira se creyó en el caso de negar su cooperación, porque en primer lugar la mayor parte de sus buques eran propiedad de particulares, que no habían ido á la India para hacer la guerra, sino para hacer cargamentos, y en segundo lugar tenía que auxiliar al príncipe de Cochín, que se hallaba en grande apuro, atacado por un rival, al cual auxiliaba el Samorin de Calcuta.

Para superar este último obstáculo marchó Albuquerque mismo con algunos buques y tropa á Cochín, donde restableció en poco tiempo el gobierno legítimo y la tranquilidad. Hecho esto, convocó en la misma ciudad á todos los capitanes á un consejo general que se celebró en 12 de octubre

de 1510, para proponerles un plan y obtener su adhesión. Este plan consistía en reunir todas las tropas disponibles de las tres escuadras bajo su mando para tomar de nuevo la plaza de Goa, mientras los buques mercantes hiciesen sus cargamentos en Cochin.

El resultado de este consejo tuvo una trascendencia inmensa para el Portugal y para la misma India. Fernando de Magallanes se pronunció á favor de la negativa de Sequeira, con lo cual contrarió profundamente á Albuquerque. Fundó su opinión en la consideración de que con los vientos á la sazón dominantes difícilmente se podría llegar delante de Goa antes del 8 de noviembre; y tuvo razón, porque Albuquerque no llegó allí sino el 24 de noviembre. Dijo además, que la expedición retardaría la partida de los buques mercantes de tal suerte, que la tropa, ocupada en las operaciones de campaña, no tendría tiempo de hacer sus pequeñas especulaciones mercantiles oportunamente para aprovechar la monzon favorable. A esto contestó Albuquerque que partiría decididamente al día siguiente, dejando á los jefes de las otras escuadras perfectamente libres de seguir con él ó de quedarse, y que quería emprender la expedición para poder enviar al rey una buena noticia con la próxima flota mercante.

Los pareceres quedaron pues divididos. La oposición de Magallanes indujo sin embargo á Albuquerque á hablar desfavorablemente de él en una relación que envió al rey, lo cual debió de ser motivo, porque no se descubre otro, para que cuando Magallanes solicitó después un aumento modesto de sus haberes, por cierto muy merecido, le negara su solicitud el rey don Manuel. Esta negativa disgustó tanto á Magallanes, que abandonó el servicio de su patria y se puso al de España, en cuyos buques hizo su célebre viaje de circumnavegación, el viaje quizás más célebre de todos cuantos se han hecho jamás. Magallanes abandonó al parecer la India poco después de su conflicto con Albuquerque, convencido de que ya no tenía porvenir allí y de que el capitán general no le daría ocasión ninguna para distinguirse.

El 20 de noviembre presentóse la escuadra portuguesa compuesta de 23 buques con 1,600 individuos de tropa á la vista de Goa, á donde el capitán general había enviado previamente á Gaspar de Paiva con tres buques para cruzar delante del puerto y no permitir la entrada ni salida de ningún buque; de suerte que en la ciudad se habían preparado á una lucha desesperada. Sin dilación alguna procedió Albuquerque al ataque; el 25 de noviembre tomó la ciudadela por asalto y ocupó la isla; pero escarmentado por la experiencia de Calcuta, no permitió que los soldados se desbandasen. En seguida atacó la ciudad por dos lados y la tomó. Muchos habitantes huyeron, y con la prisa de pasar los vados de los canales perecieron algunos millares según se dice. En la ciudad los portugueses acuchillaron sin misericordia á todos los que eran mahometanos, hombres, mujeres y niños, y entregaron á las llamas una mezquita llena de prisioneros, de modo que todos cuantos estaban dentro de la casa de Dios perecieron.

En seguida mandó construir Albuquerque un castillo de piedra muy fuerte, al cual dió en honor del rey el nombre de Manuel.

A medida que se restablecieron la tranquilidad y la confianza, regresaron muchos indios y se establecieron permanentemente muchos portugueses en esta plaza, que fué declarada por los vencedores centro de sus operaciones y de su poder en la India.

La caída de Goa impresionó tanto á los príncipes y soberanos vecinos, que todos se apresuraron á ponerse en buen lugar con los nuevos dueños. El rey de Cambaya dió libertad

á otro sobrino del capitán general, Alfonso de Noronha, á quien tenía prisionero de guerra, y no solo le envió sin rescate é incondicionalmente, sino que se declaró dispuesto á permitir la construcción de una fortaleza en Diu. Acudieron además embajadas de Guzerat, de Calcuta y hasta de Bisnaga, reino del interior, mostrando todos deseos de paz y de entrar en negociaciones de comercio.

No consintiendo el Samorin de Calcuta la construcción de una fortaleza portuguesa en su capital conforme pidió Albuquerque, no dieron resultado las negociaciones de su embajada. El emir Husein que á la sazón se encontraba en Cambaya, al ver perdida toda esperanza, regresó al Cairo, y á consecuencia de su relación, el sultán de Egipto suspendió la construcción de una nueva escuadra que había empezado.

De esto se puede inferir el efecto que produjo la conquista de Goa, la cual desde aquel día fué ciudad portuguesa con una guarnición permanente de 400 hombres, y reconocida como tal por todos los soberanos de la India. A mayor abundamiento el rey de Portugal estableció al poco tiempo en la ciudad una casa de moneda que acuñó monedas nuevas y señaló con un sello portugués las monedas del país, sin cuyo requisito no permitió el gobierno su curso legal. Todavía esto no bastó á Albuquerque, que lejos de querer desarrollar desde Goa pacíficamente el dominio de la corona de Portugal, quiso ir más aprisa dirigiendo su vista más allá de la India Anterior á Malaca. Allí estaba el mercado principal de especias, cuyo monopolio ambicionaban los portugueses, y sin la posesión de esta plaza aquel monopolio era imposible, porque desde ella los árabes enviaban cargamentos al mar Rojo directamente, sin que sus buques tuvieran que tocar para nada en la costa occidental de la India Anterior. Para hacer de Goa el centro del comercio entre el Occidente y la India Anterior era indispensable apoderarse también de Malaca.

El primer portugués que llegó á tan lejano país fué, según ya dijimos, Diego Lopez de Sequeira. Habiendo salido de Portugal en 1508 con cuatro buques, visitó en el camino á Madagascar y llegó á Cochin en la primavera del año siguiente, donde el virey Almeida le dió otro buque más, á cuyo bordo estaban entre otros Francisco Serrao, de cuyo viaje á las Molucas, tan lleno de peripecias, hablaremos más adelante, y Fernando de Magallanes. Salió Sequeira de Cochin el 8 de setiembre del mismo año de su llegada; pasó por delante de Ceilan y de las islas Nicobares á la costa septentrional de Sumatra; visitó el país de Pedir, entonces ya el más productor de pimienta, y llegó finalmente con toda felicidad á Malaca. Los mahometanos no omitieron nada para calumniar á los recién llegados y hacerlos sospechosos; pero á pesar de esto fueron bien recibidos, aunque el sultán Mahmud reinante era hombre cruel, tanto que había hecho ejecutar á su propio hermano y á su misma esposa.

Allí se encontraron los portugueses por primera vez con chinos, los cuales por su parte se mostraron muy amables con ellos. Sequeira y los suyos vieron con satisfacción que la tez blanca, la sociabilidad y franqueza con que los chinos hacían su comercio al por menor con los europeos, lo mismo que con los buques asiáticos, su traje y muchas de sus costumbres, tenían más analogía con los usos europeos que con los del Oriente. En efecto, en aquel tiempo los chinos no usaban todavía la cola ó trenza larga que hoy es uno de sus distintivos característicos; no conocían el espíritu de castas que hacía tan difícil el trato con los indios; y por tanto no se negaban á comer con los portugueses en un mismo plato. Damian de Goes encontró una notable semejanza entre sus costumbres y las de los flamencos y alemanes del Nordeste, y en el mismo sentido se expresa Barros, que dice: «usan

vestidos de paño y otras cosas al estilo nuestro.» En tales circunstancias era natural que entre ellos y los europeos, todos extranjeros en aquel país, se estableciesen relaciones amistosas y que los chinos aconsejasen á los portugueses que no se fiaran demasiado de los malayos. Atendiendo á este consejo el jefe de la escuadra no fué en persona á la audiencia del sultán, sino que envió á Jerónimo Teixeira en su lugar. Teixeira fué bien recibido, y el soberano designó un almacén donde los portugueses pudieran tratar con los comerciantes indígenas. A contar desde aquel día pudieron los portugueses recorrer la ciudad libremente; pero cometieron la imprudencia de ir á ver la escuadra del sultán, y los mahometanos, especialmente el recaudador de los impuestos y derechos de puerto, aprovecharon este hecho para decir que los extranjeros eran espías, y formar con anuencia del sultán el proyecto de degollarlos, empezando por el comandante de la flota y los oficiales principales. Con este objeto les convidaron á un banquete; pero Sequeira tuvo la prudencia de no aceptar la invitación, diciendo que no se encontraba bien de salud. Habiéndose frustrado esta estratagema, trataron de dividir las fuerzas de los portugueses atrayéndolos á diferentes puntos, con el aliciente de venderles comestibles, para sorprenderlos y apoderarse de ellos aisladamente, y caer luego con un número de buques menores preparados al efecto sobre los buques portugueses desprevenidos y faltos de defensores. Por fortuna solo pudieron realizar su intento en parte, capturando unos 30 portugueses en el puerto y en la ciudad que fueron muertos ó llevados prisioneros. El peligro fué tan grande, que Francisco Serrao que estaba cerca del embarcadero, á duras penas pudo salvarse á bordo con algunos marineros, teniendo que abandonar á los otros á su suerte. Sin embargo al notar la guardia de los buques el movimiento desusado de la ciudad, dió la voz de alarma, y con esto la gente de á bordo tuvo tiempo para prepararse al combate. Sequeira era demasiado débil para atacar una ciudad tan populosa y hubo de contentarse con echar á pique algunos buques enemigos y regresar á la India Anterior.

Cuando después llegó á Malaca la noticia de la conquista de Goa, el tesorero del puerto dió mejor trato á los 19 prisioneros portugueses que habían quedado con vida, pero no recobraron su libertad hasta que Albuquerque se apoderó de la ciudad.

Albuquerque, después de haber conquistado á Goa tuvo el disgusto de que le recordaran de un modo para él desagradable su proyecto de apoderarse de Malaca. En efecto, el capitán Mendes de Vasconcellos, cuya pequeña escuadra había sido destinada por el gobierno de Lisboa para ir á Malaca, solicitó del capitán general licencia para cumplir su misión. Albuquerque no se la dió desde luego, ora fuese porque juzgara la escuadrilla demasiado débil para salir airosa, ora porque quisiese preparar una expedición mayor. Entonces Vasconcellos salió una noche furtivamente del puerto pasando con sus buques la barra; pero el capitán general al saberlo envió tras el fugitivo lanchas con la orden terminante de que volviera atrás, orden que no pudo menos de cumplir. Vasconcellos fué castigado con encierro que duró mucho tiempo, y un piloto y un práctico suyo fueron ahorcados.

Albuquerque de buena gana hubiera emprendido sin dilación la marcha á Malaca; pero el rey le había mandado hacer una expedición al mar Rojo para cerrar definitivamente esta ruta á los comerciantes mahometanos. Salió en efecto con veintitres buques; pero luchó inútilmente contra la monzon que al cabo le rechazó hasta la misma costa, y hubo de volver á entrar en el puerto de Goa. Entonces, como la misma monzon era favorable á una expedición al Sudeste, se

resolvió sin vacilar á presentarse con su escuadra bien armada y dispuesta delante de Malaca para castigarla de la traición hecha á Sequeira. Salió pues en la misma primavera de 1511 del puerto de Cochin para Malaca con diez y nueve buques, 800 soldados portugueses y 600 soldados indios, formando parte de la expedición Antonio de Abreu y Francisco Serrao, que posteriormente descubrieron las Molucas, y Fernando Peres de Andrade, uno de los primeros navegantes portugueses que visitaron la China.

El territorio de Malaca había dependido al principio del reino de Siam; pero desde que el islamismo se había extendido por aquel país, es decir desde el siglo xv, y se había hecho la religión dominante, había ganado mucho Malaca y decaído en cambio el antes célebre puerto de Singapur en la misma península. La importancia adquirida permitió á los gobernadores de Malaca hacerse independientes casi un siglo antes de la época en que llegaron allí los portugueses. El sultán entonces reinante, Mahmud, había reunido grandes riquezas fomentando y explotando hábilmente el comercio de su país, y con sus recursos considerables había construido una escuadra para consolidar el dominio de su Estado y el del mar. Con esto se extendieron más y más las relaciones mercantiles, porque las naciones que acudían al mercado de Malaca encontraban allí todas las facilidades y tenían sus representantes para las operaciones mercantiles. Así los chinos, los comerciantes de Java, de Cambaya y de Bengala estaban representados en Malaca por sus respectivos jefes de puerto.

Las relaciones mercantiles se extendían hasta el Japon; solo los siameses no acudían á la plaza, porque su soberano no había renunciado á sus derechos sobre Malaca y estaba en declarada hostilidad con el sultán. El reino de Malaca comprendía cien leguas de costa, y su mayor anchura no pasaba en ningún punto de diez leguas.

La capital estaba situada muy favorablemente en el punto divisorio de diferentes monzones; porque estos vientos no son los mismos en el mar de la China que en el de Bengala; de modo que el puerto de Malaca venía á ser el punto natural de reunión de árabes, indios y chinos. Las casas de la población del puerto ocupaban una extensión de una legua á lo largo del canal marítimo que separa la India Posterior de la isla de Sumatra. Un río dividía la ciudad en dos partes que se comunicaban por medio de un puente.

Albuquerque siguió con su escuadra el mismo derrotero que antes de él había seguido Sequeira, y llegó en 1.º de julio enfrente de Malaca. Antes de llegar había tomado á bordo en Pedir, en la isla de Sumatra, 8 portugueses que habían logrado evadirse de Malaca, donde habían estado cautivos; y de ellos supo que el jefe de puerto de los javaneses había conspirado contra el sultán y pagado su traición con la vida. Además le dijeron que el sultán disponía de 8,000 piezas de artillería, de 30,000 soldados y hasta de elefantes de guerra. Albuquerque no se espantó ante estos números crecidos y exigió sin rodeos al sultán la entrega de los prisioneros portugueses que aun tenía en su poder. Una entrega inmediata habría sido considerada en todo el Oriente como una cobardía; el sultán por tanto se negó á efectuarla sin previas negociaciones acerca de ella, y entonces Albuquerque por toda respuesta á la negativa mandó incendiar los buques que había en el puerto y las casas situadas en la playa. El sultán por fin entregó los prisioneros, entre ellos á Ruy de Araujo, amigo personal de Albuquerque, y se declaró dispuesto á un arreglo pacífico; pero el portugués exigió no solamente indemnización por los daños causados á Sequeira, sino también 300,000 cruzados de gastos de guerra y el permiso de construir un castillo.